

## CAPÍTULO VII.

VIDA RELIGIOSA Y MORAL DE LA IGLESIA ESPAÑOLA EN EL  
SIGLO XVI.

### § CCCXXVI.

*Costumbres en el Episcopado. — Obispos santos.*

Hermoso espectáculo ofrece el Episcopado español en el siglo XVI: por cualquier parte por donde se abran nuestros episcopologios, hay seguridad de encontrar Obispos tan sabios como virtuosos: muchos de ellos quedan ya citados en los anteriores capítulos. Descuella entre ellos santo Tomás de Villanueva. A imitación de aquel santo Prelado, la mayor parte de los Obispos españoles de aquel siglo fueron muy dados á la predicación, celosos en la disciplina, y sobre todo muy limosneros. Apenas hay Obispo célebre que no se distinguiera por alguno, y mas comunmente, por todos estos conceptos. Unos fundaban hospitales y hospicios, otros con mas frecuencia colegios para estudiantes pobres, y no pocas memorias y legados pios para dotar y casar huérfanas, ó bien para capellanías residenciales en determinadas iglesias. La moda perjudicial de fundar capellanías colativas sin residencia, sin rezo, ni cargas eclesiásticas y con otras anomalías anticanónicas no se introdujo hasta el siglo XVII. Por el contrario, las que fundaban los Prelados en el siglo XVI, eran asimiladas en lo posible á los beneficios propios, y con residencia y cargas eclesiásticas como debia ser.

Entre los Obispos mas venerables que tuvo la Iglesia de España en el siglo XVI puede contarse á D. Alonso Velazquez, cuyo retrato trazó santa Teresa <sup>1</sup>, á la cual confesaba, cuando fue presentado para el obispado de Osma. Describiendo la Santa su vida penitente dice: «Con este mal (la pérdida de un ojo) y otros algunos bien penosos, y el trabajo, que es ordinario, ayuna cuatro dias en la semana y hace otras penitencias. Su comer es de bien poco regalo.

<sup>1</sup> Libro de las *Fundaciones*, cap. xxx, n. 5.

«Cuando va á visitar es á pié, que sus criados no lo pueden llevar «y se me quejaban. Estos han de ser virtuosos, ó no han de estar «en su casa. Fia poco de que negocios graves pasen por provisos «(y aun pienso todos), sino que pasen por su mano. Tuvo dos años «allí (en Osma) al principio las mas bravas persecuciones de testimo- «nios, que yo me espantaba, porque en caso de hacer justicia es «muy entero y recto, ya estas iban cesando y aunque han ido á la «Corte y á donde pensaban le podian hacer mal, mas como se va ya «entendiendo el bien en todo el obispado; tiene poca fuerza y él lo «ha llevado con tanta perfeccion, que los ha confundido, haciendo «bien á los que sabia que le hacian mal. Por mucho que tenga que «hacer nunca deja de procurar tiempo para tener oracion.» Á este precioso retrato trazado de la mano maestra de santa Teresa, solo resta añadir, que habiéndole promovido al arzobispado de Santiago, y viendo que no podia gobernarlo por sus achaques, hizo todo lo posible con Felipe II para que se le admitiera la renuncia, tomando solamente y á duras penas 6,000 ducados de los 12,000 que el Rey queria consignarle de pensión sobre la mitra <sup>1</sup>.

Por el mismo tiempo ilustró con sus virtudes el obispado de Sigüenza D. Fr. Lorenzo Suarez de Figueroa, hijo de los Duques de Feria, y fraile dominico, muy observante y caritativo <sup>2</sup>. En Salamanca quedó con grande opinion de santidad el obispo D. Fernando Tricio, que antes lo habia sido de Orense. Era tan caritativo que solia decir: — Que ninguna cosa le parecia mejor en un Obispo, que morir en un hospital por darlo todo á los pobres; y en efecto murió pobrísimo (1578). Solia bajar á maitines á media noche con un capellan, y ocupaba el último lugar del coro, sin consentir que á la salida le acompañase ningun prebendado <sup>3</sup>. Señalóse tambien por sus virtudes el célebre místico D. Fr. Andrés Capilla, que, despues de

<sup>1</sup> En el siglo XVI eran frecuentes las renunciaciones de obispados, y llegaron á ser mal vistas. Gil Gonzalez Dávila censura entre otras la del obispo de Zamora D. Juan Manuel hecha por causas frívolas, el cual tomó despues el obispado de Sigüenza y tambien lo renunció. (*Teatro eclesiástico*, tomo I, pág. 197). No así el Sr. Velazquez, el cual renunció por justas causas.

<sup>2</sup> *Teatro eclesiástico* de Gil Gonzalez Dávila, tomo I, pág. 198.

<sup>3</sup> Gil Gonzalez Dávila: *Historia de Salamanca*, pág. 519: los canónigos de Salamanca tuvieron los maitines á media noche hasta el siglo pasado, como vestigio de la antigua vida regular.

ser jesuita, entró cartujo y fue uno de los nueve reformadores de su Orden, y nombrado por Felipe II para la reforma de los claustrales de san Benito y de los canónigos reglares de san Agustín en Aragón y Cataluña. Escribió un libro de la oración, cuya lectura recomendaba san Francisco de Sales: tanto aquel libro, como el otro titulado: *Consuelo de nuestra peregrinacion*, fueron impresos por cuenta de don Antonio Agustín, que le apreciaba mucho. Felipe II le presentó para el obispado de Urgel (1588). Habiendo suprimido el papa Clemente VIII por entonces algunos monasterios de Cataluña, que habian decaído de su primitiva observancia, pudo lograr las rentas del de Tabernoles para fundar el Seminario.

En el obispado de Tarazona descolló el venerable Sr. Cerbuna (D. Pedro), á quien la universidad de Zaragoza mira justamente como su fundador, pues la restauró, dotó y dió edificio, sacándola de la oscuridad en que hasta entonces se hallaba. Fue obispo muy casto y piadoso, y los contemporáneos le atribuyeron varios milagros y la conservacion de su virginidad hasta la muerte. El Sr. Palafox (don José) obispo de Jaca, siendo vicario general de Calatayud, donde murió el Sr. Cerbuna, hizo informacion de sus virtudes con objeto de entablar la causa de su beatificacion <sup>1</sup>. Edificó el Sr. Cerbuna además de la universidad de Zaragoza el seminario de San Gaudioso de Tarazona y el colegio de Jesuitas; falleció en 1597, despues de doce años de obispado. El Sr. Yepes, de la Orden de san Benito, fue tambien prelado muy virtuoso y favorecido de santa Teresa, cuya vida escribió.

Los Jesuitas tuvieron en aquel siglo al patriarca de Etiopia don Andrés Oviedo, célebre misionero que trabajó mucho en la reduccion de aquellos países hasta 1580, hácia cuya fecha murió <sup>2</sup>.

Tambien ilustraron la dignidad episcopal con sus virtudes, no menos que con su saber, los dos célebres dominicanos de Salamanca Domingo Soto y Melchor Cano: era aquel discípulo de santo Tomás de Villanueva, con quien estudió en Alcalá, y de costumbres muy puras y sencillas. Renunció el obispado de Segovia, su patria, y se retiró al convento de San Estéban de Salamanca. Allí se recogió tam-

<sup>1</sup> Véase la obra de Miguel Villar: *Patronado de Calatayud*, que habla como testigo ocular, y el tomo VIII del *Teatro eclesiástico de Aragón*, pág. 167.

<sup>2</sup> Nieremberg: *Claros varones de la Compañía*.

bien Melchor Cano despues de haber renunciado su mitra de Canarias, y ambos murieron en un mismo año (1560). Señalóse igualmente por sus virtudes el obispo de Segovia D. Diego Covarrubias <sup>1</sup>. Haciéndosele cargo de conciencia el no residir en su diócesis con motivo de ser presidente del Consejo, el Papa le dispensó la residencia, á fin de que no perdiese la nacion el fruto que debia reportar de sus grandes conocimientos jurídicos y políticos.

No eran inferiores tampoco los del cardenal Espinosa, obispo de Sigüenza y gran prelado. Arregló el Consejo con tal puntualidad y método, que hubo días en que no se halló negocio que despachar <sup>2</sup>, teniendo que salir los hujieres á las puertas de los tribunales, oficinas y covachuelas á preguntar si habia alguno que tuviese algo que tratar con el Consejo. Reasumidas entonces en este una multitud de atribuciones, dispersas hoy dia en cien oficinas, se ve cuánto mas simplificada estaba la administracion en tiempo de aquellos Prelados, que no en el caos administrativo moderno.

Á principios de aquel mismo siglo fue obispo de Gerona Fr. Guillermo Ramon Boil, sujeto de gran virtud y de raras aventuras: al venir á su iglesia fue preso por los franceses, y tuvo que rescatarle su Cabildo <sup>3</sup>, lo cual unido á su mucha caridad, hizo que muriese muy pobre.

El célebre y venerable D. Fernando de Contreras se negó constantemente á la aceptacion de la mitra de Guadix, para la cual le presentó el Emperador. Despues de haber sido capellan del colegio mayor de San Ildefonso de Alcalá regresó á Sevilla de donde era natural. Vivía en una cuadra, y dormía sobre un haz de sarmientos, procurando rechazar los honores que se le hacian. Jamás poseyó dinero alguno, invirtiéndolo todo en obras de piedad y principalmente en la redencion de cautivos. Los moros mismos acataban sus virtudes, y le llamaban el *hombre de Dios*: andaba entre ellos con toda seguridad. En cierta ocasion le fiaron 3,000 ducados con solo dejar su bá-

<sup>1</sup> Véase el § CCCXXXIV del cap. VIII.

<sup>2</sup> Gil Gonzalez Dávila, tomo I, pág. 196. — Pasando Felipe II por frente de la casa que habia fundado en el pueblo de su naturaleza, se descubrió la cabeza, diciendo: Justo es que hagamos este homenaje á la memoria del cardenal Espinosa.

<sup>3</sup> Villanueva: *Viaje literario*, tomo XIV, pág. 62.

culo en prenda. El Cabildo de Sevilla rescató el báculo y lo regaló al Emperador, que lo hizo colocar entre sus joyas. Lleno de virtudes y merecimientos murió en Sevilla á la edad de setenta y ocho años (1548), y fue enterrado con gran pompa. El papa Pio VI declaró sus virtudes en grado heróico (1784).

He querido concluir este gran catálogo de santos y venerables Prelados con el nombre del no menos venerable Sr. Contreras, que si no lo fue, por lo menos estuvo propuesto para serlo.

### § CCCXXVII.

#### *Costumbres del Clero. — Clérigos santos.*

FUENTES.— *Coleccion de santos Mártires, Confesores y Varones venerables del Clero secular*, en forma de Diario, por D. Fernando Ramirez de Luque, beneficiado de Lucena: Madrid, 1803.

Á tales Prelados correspondia tal Clero, y en efecto, no tan solo en el Clero regular, sino igualmente en el secular, fue grande el número de Santos en aquel siglo feliz, en que las letras corrieron parejas con las virtudes. Nada diremos de los Santos que poblaron los claustros: un capítulo ha sido preciso destinar á ellos<sup>1</sup>, y aun así no ha sido posible nombrar á todos los que citan las crónicas monásticas.

Descuella entre los Clérigos seglares de aquel siglo el venerable maestro Juan de Ávila, llamado justamente el Apóstol de Andalucía, de cuya beatificación se trata. Nació en Almodóvar (en la Mancha) á principios del siglo XV. Estudió leyes en Salamanca, y despues teología en Alcalá con el P. Soto (Domingo). Habiendo muerto sus Padres dejándole heredero de su pingüe hacienda, la dió á los pobres, á fin de quedar mas libre para la predicacion. Era esta muy vigorosa, huyendo en ella de todo artificio y de granjear fama de orador. Principiaban á introducirse el mal gusto y la hinchazon en la oratoria sagrada; cosa que detestaba el venerable Maestro. Asimilaba este los oradores que quieren pasar por elocuentes, al embajador de un Rey, que yendo á pedir para su Monarca la mano de una Princesa, la solicitara para casarse con ella. La energía con que reprendia los vicios le costó el ser delatado por unos envidiosos al

<sup>1</sup> Véase el cap. VI.

*Santo Oficio*: fue preso y padeció bastante, pero no quiso defenderse, aunque podía haber tachado á sus testigos y probar lo infundado de la acusacion. — *Vuestra causa está en manos de Dios*, le dijo cierto dia un Inquisidor para indicarle que se hallaba en mal estado y próxima á fallarse. — *Estando en tan buenas manos*, respondió el venerable Maestro, *dejémosle obrar: nada hay que temer de los hombres*. — Cuando todos creian que iba á ser condenado, una carta interceptada, cási prodigiosamente, puso de manifiesto el lazo que le habian tendido sus malvados denunciadores.

Apenas hubo Santo de aquel tiempo que no estuviera en comunicacion con él. San Ignacio, san Francisco de Borja, san Juan de Dios y santa Teresa le consultaron, y se guiaron muchas veces por sus consejos. Escribió su tratado, *Audi filia* para doña Sancha Carrillo, hija de D. Luis Fernandez de Córdoba. Iba esta señora á la Corte á ser dama de honor de la Reina; pero la lectura de aquel precioso tratado le hizo mudar de propósito y consagrarse á Jesucristo. Otras varias señoras de la grandeza hicieron lo mismo. Su vida trabajosa y apostólica le acarreó padecimientos muy graves: lleno de virtudes y merecimientos, falleció en Montilla (1569) á los sesenta y nueve de su edad. Sus obras de mística han sido traducidas á varios idiomas: algunos trabajos interpretando la sagrada Escritura quedaron inéditos<sup>1</sup>.

Además del venerable Ojeda, catedrático de Baeza, fue tambien discípulo suyo el maestro Hernando de Vargas, misionero ejemplar y muy celoso que se dedicó á la conversion de los moriscos de los obispados de Zaragoza y Tarazona, predicándoles no solamente con la palabra, sino aun mas con el ejemplo.

Señaláronse igualmente por sus virtudes el venerable Diego Perez de Valdivia y Juan de Briviesca, clérigos muy ejemplares de aquel siglo<sup>2</sup>. El venerable Valdivia fue el Eliseo del venerable maestro Ávila. Dióle la cátedra de Escritura de la universidad de Baeza: despues de grandes persecuciones renunció el arcedianato de Jaen, y embarcándose para Roma, tres veces se vió obligado á volver á Bar-

<sup>1</sup> Véase el § CCCXXXII sobre la oratoria sagrada en el cap. VIII.

<sup>2</sup> Véanse sus biografias en la obra citada en las fuentes de este cap. (tomo I, pág. 182 y 191) y al párrafo de este tomo donde se ha puesto la del venerable Briviesca, por haber fallecido en el siglo XVII.

celona. Dedicóse á predicar con tanto fervor, que se le llamó el Apóstol de Cataluña, por la gran reforma de costumbres que obró en ella. Fue tambien notable <sup>1</sup> el canónigo de Ávila D. Francisco de Guzman y muy caritativo, de modo que habiendo dado en vida toda su hacienda á los pobres, se dedicó á servirlos en los hospitales. El canónigo de Cuenca D. Juan Fernandez Heredia, descendiente de la familia de san Vicente Ferrer, varon santo y tan apacible, que jamás dijo palabra que pudiese ofender á nadie; gastaba toda su renta en la asistencia de los pobres, y principalmente en casar doncellas huérfanas, de las cuales acomodaba todos los años á tres el día 28 de enero, haciendo además un número considerable de fundaciones.

§ CCCXXVIII.

*Costumbres del pueblo español.*

Las costumbres de los españoles en el siglo XVI fueron sumamente puras en lo general. El gran número de Prelados santos, clérigos y cenobitas de uno y otro sexo, que vivian con gran virtud y austeridad, no podia menos de influir en la moral cristiana. Si á esto se añaden la singular virtud de la reina doña Isabel la Católica y la indisputable religiosidad del emperador Carlos V y su hijo Felipe II, se verá, que España en aquel siglo no podia menos de ser altamente religiosa, cuando tanto lo eran sus Monarcas. De Carlos se dice, que no dejó de oír misa ningun dia, á no ser el de la aciaga jornada contra Argel. Felipe II vivia en el Escorial con mas pobreza que un monje, y espiraba con los ojos fijos sobre el altar en aquella oscura alcoba, donde la imaginacion se anonada al considerar que en tan lóbrego y misero recinto murió tan gran Rey. La retirada de Carlos V á Yuste y el ingreso de san Francisco de Borja hicieron alta impresion en los ánimos de la nobleza. Un biógrafo de este <sup>2</sup> refiere algunos de los muchos nobles, que á imitacion del Duque de Gandía acudieron á Oñate á vestir la sotana, y Polanco añade, que fueron tantos los que quisieron seguir su ejemplo, que bastaran para poblar muchos colegios, si á todos se les hubiera admitido.

<sup>1</sup> Teatro eclesiástico de las respectivas iglesias á que pertenecieron.

<sup>2</sup> Cienfuegos en la *Vida de san Francisco de Borja*, lib. IV, cap. II.

Los guerreros mas ilustres de aquel siglo eran dechado de virtud y de generosidad cristiana. D. Juan de Austria, el vencedor de Lepanto, era hombre de fe viva y de conducta muy cristiana, sin que esto rebajara en nada su valor: llevaba siempre jesuitas en su compañía, y espiró en sus brazos. El gran duque de Alba, Requesens y Bazan eran personas sumamente religiosas, y aun mas el gran Alejandro Farnesio, duque de Parma, que con tanto valor y con tan escasas fuerzas supo imponer á los herejes de Francia y Flandes. Su conducta ejemplar hizo al soldado guardar la disciplina en épocas de penuria y ansiedad, en que á un general libertino le hubiera sido imposible conservar su gente. Cuando las virtudes brillaban en el trono y la grandeza, y hasta en los ejércitos, cuando las catedrales y los claustros estaban poblados de Santos; ¿podia menos de ser religioso y morigerado el pueblo español? No es tan fácil saber las virtudes de los legos como de los clérigos y los regulares; no perteneciendo aquellos por lo comun á corporaciones que tengan cuidado de recoger noticias acerca de ellas. En las vidas de los Santos suelen hallarse algunas veces datos acerca de estos varones piadosos <sup>1</sup>. En el siglo XVI descollaron algunos que se pudieran citar, y las mismas cartas de santa Teresa hacen mencion de no pocos virtuosos y caritativos. Pero como sus nombres mas bien están escritos en el cielo que son conocidos en la tierra, concretaréme á unas pocas personas, especialmente del otro sexo, que han salido de esta santa oscuridad.

Es la primera la célebre doña Catalina de Cardona, señora de gran nobleza y de tanta virtud y austeridad, que se retiró á una cueva para hacer penitencia: allí vivia tan mortificada y abstraída, que llegó á causar admiracion á la misma santa Teresa. El Señor la favoreció con grandes luces y consuelos espirituales. Habiendo oido una vez predicar al Dr. Cazalla le tuvo por hereje, antes que otras personas instruidas cayeran en cuenta de ello. Por el mismo tiempo que la venerable doña Catalina (1570-1572) vivia la venerable Mari Diez, la de Ávila, que murió en opinion de santidad, despues de

<sup>1</sup> Tal sucede por ejemplo, en la *Vida de la venerable doña Magdalena de Ulloa*, esposa de D. Luis Mendez Quijada, el padre putativo de D. Juan de Austria. Escribió la curiosa vida de aquella señora el P. Villafañe, jesuita. (Un tomo en 4.º, Salamanca, 1723). Fundó aquella piadosa señora los colegios de Jesuitas en Oviedo, Santander y Villagarcía, donde falleció (1598).

una vida sumamente retirada y pobre <sup>1</sup>. No se debe omitir tampoco á la venerable doña María de la Gasca <sup>2</sup>, natural de Valladolid (1549), hermana del célebre y austero Obispo de Palencia pacificador del Perú, prelado de los mas virtuosos de aquel siglo. Antes que ellas habia brillado sobre el trono la desgraciada princesa doña Catalina de Aragon, digna hija de doña Isabel la Católica y esposa del lascivo Enrique VIII de Inglaterra. Víctima de las brutales pasiones de aquel desenfrenado Monarca, vivió los últimos años de su vida en la estrechez y en el olvido, llevando sus trabajos con singular resignacion y religiosidad. Murió á 6 de enero de 1535 á los cincuenta años de edad <sup>3</sup>.

De algunas otras Santas que vivieron en el retiro del claustro se habló ya al hacerlo de la reforma de los Institutos religiosos.

§ CCCXXIX.

*Influencia de la Religion en las artes. — Música religiosa. — Pintura y escultura. — Arquitectura religiosa. — Influencia artística del Escorial.*

En un siglo altamente religioso las artes no podian menos de estar á devocion del Cristianismo. Los mismos detractores de la religion católica, y los Protestantes en su afan de acusar al Catolicismo del siglo XVI, no han podido negar que la restauracion, ó renacimiento de las artes se le debió á él, casi por entero. En su despecho han llegado casi á formar por ello un capitulo de culpas á los Papas y á la Iglesia. ¿Qué culpa tiene esta de que sus aberraciones religiosas les hayan hecho perder la idea de la verdadera estética? Herido su entendimiento por el error, hasta la imaginacion ha padecido. Las gentes que aborrecen lo bello y detestan las artes tienen mucho adelantado para el infierno. Se ha solido describir la bienaventuranza por músicas, palacios soberbios y edificios de riqueza inmensa, y se ha

<sup>1</sup> Gil Gonzalez Dávila: *Teatro eclesiástico*, habla de doña Catalina en el tomo I, pág. 442, y de la Mari Diez en el II, pág. 300.

<sup>2</sup> Véase su curiosa vida escrita por D. Manuel Hinojosa y Montalvo (un tomo en 4.º, Madrid, 1626). Nuestra literatura tiene un riquísimo tesoro biográfico de personas célebres en santidad, que apenas es conocido, y con todo sirve muchísimo hasta para ilustrar la historia civil.

<sup>3</sup> Escribió su vida el P. Rivadeneira.

buscado para herir la imaginacion de las personas poco ilustradas lo mas bello, en cada una de las artes; nadie se ha valido de ellas para hacer la descripcion del infierno. ¿Qué diremos de los que en nuestros dias han destruido y aun quisieran destruir los restos de nuestras artes religiosas? Hagamos algunas pocas observaciones sobre cada una de ellas, con aplicacion á la Iglesia de España.

MÚSICA. — España era uno de los países donde la música religiosa se habia conservado con mas pureza, sin contagiarse con los extravios que tan comunes eran entonces en Francia é Italia, y que estuvieron para hacer abolir el canto figurado. Luis Vitoria, natural de Ávila, fue uno de los compositores religiosos mas célebres del siglo XVI, contemporáneo de Palestrina y relacionado con él. Compuso los coros de la Pasion, que se cantan en la Capilla Papal y en algunas de nuestras catedrales, aunque por desgracia deformando con impertinentes gorgoritos la expresiva y enérgica sencillez con que caracterizó aquel las pocas palabras que los Evangelistas pusieron en boca de las turbas. El cardenal Wisseman alaba aquel trabajo al parecer pequeño, y manifiesta la parte que cupo á Felipe II en la conservacion del canto figurado, cuando el papa Marcelo quiso suprimirlo en las iglesias <sup>1</sup>.

La costumbre de cantar la Pasion tres cantores se introdujo en España á principios del siglo XVI <sup>2</sup>, segun parece. Esto era como una consecuencia de las representaciones que se hacian en las iglesias, en que se trataba de unir la parte dramática á la épica, haciendo muchas veces que el traje, las ceremonias y el canto fuesen á herir los sentidos por donde mas vivas impresiones se reciben. Para esto era muy á propósito el diálogo. Muchas veces al decir el coro en la sequencia de Resurreccion:

Dic nobis Maria  
quid vidisti in via,

respondia una tiple las palabras de la respuesta acerca del sepulcro; cuando el coro preguntaba: *Pastores dicite quidnam vidistis*, — dos triples respondian detrás del altar: — *Infantem vidimus*, etc. En las Pascuas de Navidad, como época de mas alegría, eran tambien mas fre-

<sup>1</sup> *Demostraciones evangélicas*, tomo XVI, segunda conferencia, sobre la Semana Santa en Roma.

<sup>2</sup> Villanueva, tomo VII, pág. 98.